

DEDALOS

(3 Capítulos de una novela inédita)

Por JESUS BOTERO RESTREPO

SANGRE EXPLORADORA

Por los reinos de lo inorgánico el hombre avanza entre tinieblas. La terca entraña de la roca se va abriendo en una flor inmensa de pétalos de sombra, de rígidos tallos en bajorrelieve, de expectantes y sólidas raíces, de intrincados y duros estambres.

Las bocaminas respiran sordamente, emiten vahos de misterio y pavura sobre la verde piel de la tierra, y más allá, en lo profundo de los socavones, adentrándose y dilatándose según una tosca y nocturna rosa de los vientos, de vientos enrarecidos y prisioneros, se contorsionan las perforaciones de la vasta ciudad subterránea.

Hay tendones huecos, nervios exhaustos, secas y negras arterias, artríticos nudos de arcilla en ese abismal hormiguero de sendas.

Rueda la criatura por aquellos túneles y laberintos, emponzoñada y sórdida en pos de su muerte. El filón, en las fallas, le hace guiños dramáticos y evasivos o la sume y precipita por "apiques" rectos como flechas, o la guía por una trabazón de "cruzadas", o la induce, vanamente, a ganar desde lo hondo la clara superficie en "tambores" estirados y anhelantes que ascienden en la noche sin término. Y desvalida pero nunca pusilánime, la criatura avanza siempre entre las sombras, hasta aquella otra sombra, ya irrevocable, que persigue con ahínco y percatándose apenas de ello con cada uno de sus pases en la ebriedad de los vértices.

Así en Segovia, Zaragoza y Remedios, pueblos del nordeste de Antioquia, ardientes regiones mineras, tierras profundamente socavadas que vienen transformándose de ese modo en puro bosque de cruces. Aquí la muerte cultiva fieles almacigos tras la encrucijada de todas las horas, a pesar de lo cual debe el minero vivir con avaricia, con dura fiebre amorosa cada minuto que pasa, si desea conquistar una vez más el verdadero, el auténtico oro del sol.

Estas comarcas de clima deletéreo fueron, y lo son aún en parte, bosques impenetrables y cerrada manigua. El conquistador español, héroe legendario de la inicial epopeya de América, acuciado por el hechizo de El Dorado tatuó el primitivo territorio con su recio paso, y a la vez que algunos reales de minas y centros poblados (que aún perduran centenarios, erigidos hoy en entidades municipales, como Remedios y Zaragoza), dejó en ocasiones su propia osamenta sobre la tierra aún cerrera y arisca. Luego se sumieron las poblaciones recién fundadas en el pesado sueño colonial, para despertar más tarde con las dianas emancipadoras y sumarse en lanzas y banderas a la nueva patria.

Pero a la vida de la superficie, a esa aún precaria existencia del campo cultivado, del agro reluciente de cereales, de espigas y mazorcas doradas, de suaves cañas batidas por el viento, a aquel durar y perdurar patriarcal del campesino americano adherido a su azada como a un cayado de goces lentos e intransferibles dulzuras, ha llegado a contraponerse aquí, hasta superarlo, la otra vida del subsuelo, arracimada de terrores, congestionada de angustia y taimado temblor de hombres. Vívase así en dos capas yuxtapuestas, en dos planos paralelos, escalonados, de iluminación y de espacio. Afuera, a plena luz, en la corteza oreada del mundo, y adentro, en el propio riñón de la tiniebla.

La vida misma en este plano hondo y restringido de la realidad, es como un ensayo y una certeza de tumba. Ya no son las con-sabidas paletadas de tierra, pendientes de antiguo sobre el azoro de la especie, sino metros cúbicos apisonados de granitos y sílices, toneladas de rocas esquistosas y basaltos, los que de un sólo impacto, requiriendo apenas fragmentos de su masa poderosa, amenazan a cada instante liquidar a los minúsculos seres que provocan su ira auscultando sus íntimos senos.

Muerte y oro —encontradas formas de liberación— germinan de ese modo bajo tierra, de una misma y adversa simiente. Cuajan allí como una planta gemela de racimos desenfrenados y de bayas contradictorias.

Porque al minero del taladro, al que sujeta firmemente el “machín” horadante, a aquél que jadea con el torso reluciente de sudor tras el coche repleto de minerales hurtados a la roca, al que hace danzar los destellos de su lámpara de carburo por los profundos vericuetos, es a quien corresponden de verdad los frutos ácidos.

Estalactitas de sangre cuelgan a menudo de la peña. Gajos de toses secas desparrama la silicosis por las galerías. Higos de anemia y fresas de asfixia revientan profusamente en los hórridos silos.

Y así un día y otro día, en una y otra empresa minera, unos hombres tras otros hombres.



—Con quien? Superintendencia? Habla el encargado de “Matanzas”. Accidente en el nivel 8, don Ernesto.

El hilo telefónico parece estremecerse con el vuelo pálido del mensaje.

—Cómo? Qué ocurrió ahora? Explíquese, por favor!

—Uu “lastro” hirió a un “machinero” y al ayudante. Van a subirlos de un momento a otro. Así que puede venir, señor, si le pa-

rece, o dar las órdenes que crea convenientes. Aquí, en el almacén, lo estamos esperando.

—Y qué? Heridas graves?

—Ni más ni menos que cuestión de vida o muerte. Lo que es Manuel Quiceno, el machinero, talvez no alcance a subir con resuello.

—Bien! Voy con el médico, Miguel Angel.

Colgó del gancho el auricular clamoroso don Ernesto Benavides, y permaneció rígido unos instantes con la mirada estancada en el vacío. Mas los ojos eran firmes, de suyo, y el ceño daba una vigorosa sensación de madurez mental, de tensa fuerza intuitiva, de penetración y perspicacia.

Dibujaban el rostro bronceado aquellas líneas netas y finas a un tiempo que va produciendo la lograda serenidad de la edad cuando se alía a una inextinguible juventud. De suerte que los cincuenta años que contaba no llegaban a delatársele en detalles faciales distintos al de la plata bruñida que iba ganando el cabello arriba de las sienas. Y la arrogante estatura y el cuerpo todavía ágil y atlético, completaban la estampa de un auténtico sportman en retirada altiva ante los tiempos, de todo un noble ejemplar humano.

Tendido plácidamente con las patas en escuadra al pie de la silla que acababa de abandonar don Ernesto Benavides, un cachorro de perro-lobo trató de atrapar al moscardón que le perturbaba la siesta, y la tarascada al aire con su golpe sonoro, vino a fijar en lo cercano la mirada en blanco, sin seguro arraigo en el espacio.

—A la casa, bandido—ordenó risueño el hombre, zapateando ante el lebrél que, obediente al mandato del amo, desapareció en un espabilar.

La oficina del superintendente o propietario —para decirlo con más exactitud— de la mina "Matanzas" formaba con sus dependencias un amplio edificio de una sola planta, una hilera de claros salones con muchas puertas y ventanas, divididos entre sí por paneles de pinotea que no alcanzaban a tocar el cieloraso y en los que biombos rectangulares hacían las veces de puertas giratorias. Daba toda la galería a un patio enarenado, de grava suelta, y más allá, tras una verja de madera pintada de blanco, a un camino recto y polvoriento, orlado de cedros y eucaliptos, que iba a perderse a la distancia por entre dos colinas de tersa curvatura femenina.

Acercóse don Ernesto Benavides al biombo a medio ajustar y llamó con un vibrante y corto palmoteo de manos. Por la abertura apareció al punto una cabeza cuadrada de hombre, singularmente maciza e inexpresiva, con un lápiz sobre la oreja de pabellón inmarcesible.

—Se le ocurre algo, señor?

—Avisé por teléfono a pesebreras que ensillen dos caballos cuanto antes, y al hospital de la Frontino que envíen dos camillas a la mina por cuenta nuestra. Y que es urgente el servicio. Entiende?

—Sí, señor. Dos caballos y dos camillas. No es eso? Recalcó el hombre tras un lento trabajo de asimilación de lo oído, empezando a contraer el cuello para el escape hacia el interior.

—Espere, David! Pásese antes de hacer las llamadas por las oficinas del médico y el jefe de personal, y dígalas que los espero. Agréguele al médico que prepare botiquín de urgencia para dentro de diez minutos más o menos, que tenemos que salir sin tardanza hacia la mina.

Desapareció la sólida cabeza de la hendidura que ocupaba, to-

mó don Ernesto de una percha la chaqueta de dril y cierre automático, se la colgó al hombro, calándose a la vez el casco de corcho, y salió al patio que reverberaba agobiado por la canícula.

Los cedros estaban limpios de hojas, y las ramazones descarnadas y ganchudas diríanse garras rabiosas hincadas en la ocre cima del horizonte, contra la amplitud amarilla y llameante de la tarde.

Se podía conocer a un hombre, como conocía él al machinero que iba a morir, superficial, fisonómicamente. Pero tras las apariencias corporales estaba la zona vedada, reacia a mostrarse a plena luz, cautelosa y segura en su mutismo.

Porque, quién podría ser Manuel Quiceno en su honda verdad? Cuántos deseos truncos, cuántos quebrados goces, cuántas tronchadas aptitudes y fuerzas dejaría al escaparse de la escena del tiempo?

Era posible que amara las lluvias con briznas de sol, o los domingos de ropas limpias y cantantes campanas, o los primeros tanteos silábicos de un hijo, o los arabescos del humo en la soledad y en el ocio. Tal vez prefiriera más álgidos, rezumantes y percederos júbilos terrestres. Aquellas noches náufragas en alcohol y en osadas caricias. Todo el brusco, el caprichoso azar, lo mismo el que corre en los dados de hueso sobre las mesas de los garitos que el que reside en el filo de las peinillas los días de farra en el puebla minero.

Interiormente, se juzgaba don Ernesto más que nadie culpable de aquellas vidas que iba destruyendo la mina. Mas ese sentimiento irrefrenable, unas veces caótico, otras terriblemente resplandeciente, equilibrábalo considerando que él era sólo simple instrumento de un perverso destino y que, tanto aquí como allá, en el laboreo de todas las minas, una fuerza aciaga movía los resortes de esas vidas oscuras. La faena minera proseguiría a pesar de esporádicas rebeldías, de instintivos y latentes gritos de rechazo, como el suyo que pugnaba por desasirse de un tiempo a esta parte.

Unos pasos rápidos le hicieron volver la cabeza al hombre ensimismado.

—Qué tal, don Ernesto?

—Qué tal, doctor? Supo lo de la mina?

—Precisamente me llamó hace un instante el encargado. Miguel Angel se llama, no es cierto? Me dijo que acababa de informarle a usted de lo acaecido y que esperaba que saliéramos hacia allá lo más pronto posible. Son dos los heridos, o entendí mal?

—Eso dijeron, doctor Bravo. A propósito. No cree usted que con lo frecuentes que están siendo los accidentes de trabajo y la propagación del beri-beri en el personal de la empresa, sería bueno ir estudiando la organización de un hospital propio?

Gastóse el médico un minuto largo para responder, aspirando entre tanto bocanada tras bocanada del humo de su cigarrillo y bamboleando un maletín de cuero negro, fija la mirada en la punta empolvada del fino zapato. Los ojos de don Ernesto no se separaban, indagadores, del rubio semblante. Frisaba por ahí en la treintena y los cuadrados espejuelos le daban un aire docto y profesoral, acentuado por el habla pausada, sin estridencias, y subrayando con gestos amplios y un tanto morosos.

—No. Francamente no le veo objeto, don Ernesto —dijo levantando la vista—. Y con perdón suyo, creo que tal idea no le conviene a la empresa. Un hospital bien dotado, con buen instrumental, resulta

de un costo incalculable. Y de no tenerlo bueno y completo, es mejor no tenerlo. Verdad? El sindicato no lo exige. La inspección de trabajo, tampoco. Entonces, qué afán hay? Me parece que no tiene peros el contrato con la Frontino, tal como usted lo celebró, y que en La Salada, haciendo yo una visita diaria, o dos o tres en casos urgentes, pues por fortuna no está lejos, nuestros hombres quedan más que excelentemente atendidos. Buenas drogas...

Iba a proseguir sin apresurarse, según su costumbre, cuando irrumpieron desde la parte trasera de las oficinas y por un caminejo que bordeaba el costado de la edificación, las dos bestias aperadas que había solicitado don Ernesto, conducidas del cabestro por un gañán zanquilargo de la empresa, escurridizo como proyectil.

—A su mandar, patrón—exclamó con desparpajo, cuadrándose frente al superintendente, quien lo despidió con una sonrisa de benevolencia un poco forzada. Habíasele ocurrido de improvisto que el chico anónimo crecía, doblaba sus años, y que los socavones sepultábanlo en sus oquedades hasta devolverlo hecho una gavilla de músculos rotos, un haz de coágulos espesos, igual que los hombres del nivel 8 que el malacate habría conducido por entonces hacia el último verdor, al último paisaje abierto cuyas luces rasantes, libérrimas, sueltas, calcarían con avidez los ojos en fuga.

Pensó. "Es necesario ver! Sin embargo, la sangre me ofusca, me dá náuseas, bascas. No lo digo, pero cada vez es más claro, lo puedo ocultar con más dificultad. Esas cabezas en zango, esas piernas... ah!"

Impelido por aquellas imágenes montó en una de las cabalgaduras e invitó al médico con un gesto ascensional de la mano a que hiciese otro tanto. Ya iba a romper la marcha, cuando pareció recuperar súbitamente un propósito extraviado en el fondo de su conciencia como moneda entre el polvo.

—David! Oigame! ("Sí. Hay cabezas duras, semejantes a piedra, que se tarjan, sin embargo. Como ciertas granadas que se cogen a tiempo... Lo que no le ocurrirá, por supuesto, a David que vive resguardado con su cabezota fuera del socavón"). Retumbó la gruesa voz autoritaria en la bocina de las manos, mientras caracoleaba el corcel por el patio levantando con los cascos un leve humo de oro.

—Qué fue del jefe de personal? No avisé que quería verlo? Vaya a decirle que revise las cuentas de Manuel Quiceno y del que le ha estado ayudando en el nivel 8 y que las tenga listas a mi regreso. Necesito echarles una ojeada y saber el estado en que se encuentran. No olvide el nombre... Manuel Quiceno! ("Diablo! Lo recuerdo muy bien. No es como zurdo? Los ojos muy claros, casi cuarzo, con una pequeña mancha azulosa"). Vamos, doctor?

Traspararon la verja los jinetes por una ancha portada de dos alas y embocaron el camino de los cedros cadavéricos a galope sonoro.

El tableteo convulsivo de las ocho herraduras al chocar en tierra, formaba una especie de alfombra metálica que iba envolviéndose sobre sí misma, a la vez que desplegaba y dilataba hacia adelante sus hilos de acerada música. Los dos hombres viajaban en silencio. Era como si el viento que les daba en el rostro les atajara las palabras en el propio filo de los labios, los atragantara con ellas, reventándose como amargas uvas contra el paladar. Estaban foscos los semblantes, y los párpados, contraídos en una línea de flava fosforescencia, rehuían enfrentarse al rojo sol de Segovia. (A caballo, se desperdician pensamien-

tos y palabras, como si fueran quedándose atrás, yacentes en las vuel-tas, incapaces de ponerse a ritmo con el galope).

Un avión, destrizando caldeados girones de nubes, zumbador y solo en el cielo, dió asidero al médico para romper a su vez el silen-cio con la hélice cautelosa de dos interrogaciones:

—Cuándo viene el doctor Benavides, don Ernesto? No decían por ahí que estaba por llegar?

(A caballo, las voces sacudidas se llenan de altibajos. Parecen copiar el relieve del terreno por metros, comportándose como baróme-tros restringidos, parpadeantes. Y si se da de manos a boca con algún despeñadero, el grito vertical es sólo la línea aguda que trata de com-pensar el tramo de caída con el ulterior y más ágil ascenso del alma desde lo hondo).

—Cómo no! Andrés me dirigió un radio avisándome que tiene reservado pasaje en la Avianca para mañana viernes. Tendré que ir a Otú a recibirlo, si no se presentan inconvenientes insalvables.

—Y hace tiempo que no lo vé?

—Algo así como dos años. Lo que hace precisamente que lo envié a Estados Unidos a especializarse en ingeniería de minas. No lo conoció en Medellín, doctor?

—No! No creo conocerlo. Talvez de vista, en la Universidad, cursando estudios secundarios. Pero dicen que tiene una preparación muy vasta y una inteligencia poco común. En general, los que me lo mencionan hacen referencias muy elogiosas de su hijo.

—Gracias, doctor, por lo que me toca. Pero verdaderamente, y perdonándome usted el orgullo paterno, Andrés es todo un hombre. Es-pero que se entiendan bien y traben una amistad duradera, ahora que él llega a colaborar conmigo en el manejo de "Matanzas".

—Estoy plenamente seguro de que así será—remató el otro ya a la vista de las instalaciones de la mina.

Los techos de rizado zinc, pintados de rojo oscuro, se agrupa-ban al sol en un valle minúsculo con fondo de apacibles colinas. Nadie diría que de aquel bucólico y manso paisaje pudiera levantarse una rá-faga de vientos heridos, ese hálito de rabia y codicia de los perseguido-res del oro, aquel áspero aliento de los buzos terrestres.

El molino y la planta de cianuración, el almacén o taller me-cánico, la fragua y la compresora, formaban a un lado de la bocamina una serie de techumbres de distintas alturas, un cuerpo de edificaciónes casi solidarias. Al otro lado, un poco más aislados y distantes, se hallaban los campamentos de trabajadores, en número de cuatro. Y por el centro iban rectos el enriado de los coches para el transporte de gan-ga hasta el californiano y el camino que traían los dos caballeros, ce-rrado al fondo por la caseta del elevador.

El orificio a ras de tierra del apique principal estaba techado, a tres metros del suelo y sobre una armazón de gruesos postes refor-zados con duelas, lo que le daba apariencia de rústica torre. Suspendi-das en lo alto de ese techo, a plomo sobre el propio manchón negro del pozo, descansaban en su eje horizontal las ruedas acanaladas o poleas por donde se deslizaban tensos los cables que, ya frenados, ya desen-vueltos, ya recuperados por el elevador desde la caseta de enfrente, mantenían el malacate en funcionamiento vertical, subiendo y bajando a cada momento por el largo túnel en pie.

Ya de cerca el conjunto perdía el aspecto pastoril, de cabañas

tendidas al sol con molicie campestre, para tornarse en una aglomeración torva y traqueteante, refregada de grasa en todas sus articulaciones. Mil ruidos se disolvían en el aire, y quedaba éste tan saturado y espeso de sonidos que daba la impresión de dejarse rayar con las uñas —algo así como neblina seca y en tosti6n, prolífica, unánime, firme—:

Era un canto llano el que expandíase del molino al permitir las levas que los pisones cayeran desgranados en bloques sobre los morteros. Trepidaba y zumbaba la compresora como una inmensa mosca en una malla. Los coches cargados arrastrábanse por los rieles en largos estremecimientos metálicos de agudeza de aullidos, como si al obrero que los impulsaba se le quejara el alma por los pies, se le escurriera el aceite del lamento a cada flexi6n del tronco, un óleo pesado y ardiente de fatiga.

Iban los obreros surgiendo de aquel lado, metiéndose más allá por tal callej6n imprevisto, escapándose por aquella puerta para retornar poco después con las manos llenas de los más diversos artefactos, colándose al planch6n del ascensor para reanudar su tarea subterránea o emergiendo del suelo, por el contrario, ostensiblemente deslumbrados y at6nitos. Todos, a cuál más, vestían estrafalaria y sucia-mente. La mayor parte, con el torso desnudo y un lienzo astroso alrededor de la cintura. Otros, de camisa raída y pantalones a la rodilla, húmedos y llenos de costras de barro. Gorras de todos los tipos caídas sobre caras angustiadas completaban el atuendo y, cuando no a pie limpio, toscas zandalias anudadas a los pies o botas en un estado tal de deterioro —roídas implacablemente, sin ninguna cautela por las ratas del tiempo arrinconado y acorralado en el socav6n— que los dedos asomaban o mejor escapaban en tropel por las grietas y descosidos.

—Buenas tardes—saludaban al pasar los dos hombres, derechos sobre sus monturas.

—Buenas se les desean—iban contestando por turno los mineros, con tono que sería cortés si el áspero brillo de los ojos no agregara:

—Y que el diablo cargue cuanto antes con ustedes.

Adelant6se un hombre hercúleo, ya entrado en años, de bigote todavía retinto colgado sobre los labios carnosos. La piel oscura estaba cruzada por una cicatriz que cogía la parte baja de la oreja y moría cerca del ment6n, en la mandíbula de piedra.

—Salud, los caballeros!—dijo, quitándose con torpeza un casquete grande de cuero, como de lobo de mar, que le cubría el pelo revuelto, rebelde a todo aliño.

—Qué hay, Miguel Angel? Qué fue de los del percance?—solicit6 impacientemente don Ernesto, zafándose del estribo al mismo tiempo que su compaño de viaje.

Por toda respuesta, el encargado de "Matanzas" quit6se de la puerta que tapaba con su corpach6n, cedi6 el paso a los recién llegados y señal6 con el índice hacia un extremo del cuarto.

Don Ernesto Benavides se dijo que por mucho que viviera le sería imposible olvidar la escena dantesca que se recorrió ante sus ojos. El médico, quizá debido a su juventud y a su no muy larga experiencia en el oficio, parpade6 un poco nervioso, sin que con ello quiera decirse que hubiera abandonado por entonces su habitual serenidad catedrática. Se acerc6 con sumo cuidado, ech6 una rápida ojeada por el recinto y se inclin6 en medio de los dos cuerpos.

Un cord6n escarlata que estaba tornándose negruzco, partía

de una de las cabezas caídas y se interrumpía o cortaba de pronto, a algunos pasos de su origen, en una rendija del tablado. La sangre abundante corriendo en forma de arroyuelo, se había despeñado por la juntura de dos tablas buscando ostinadamente el corazón perforado de la tierra, los socavones donde seguiría brillando la rubia e inútil esperanza.

El superintendente de la mina se creía incapaz de seguir otra vez con la mirada aquel trazo muerto, aquella cinta mítica represada levemente en su delta subitáneo. Más allá, tras aquella sangre minera y excavadora, yacía la cabeza castigada de Manuel Quiceno.

No quería! Con el primer vistazo tenía bastante para que en el vientre se le formaran anillos de mareo que trepaban por el esófago retorciéndose (afuera, el apique podía ser el esófago del filón que vomitaba pedazos de hombre), empujándole a la boca una saliva, agria y babosa, que él desmigajaba con asco contra el paladar. Así, aún involuntariamente, la vista se veía forzada a ir navegando por las breves aguas pintarrajeadas hasta su resquebrajado nacimiento, hasta el cresterío de las cejas, por ejemplo, que gotearon temperatura, tiempo fluvial, rotatorio del hombre, emancipada fiebre sobre los párpados contiguos antes de que el coágulo fuera válvula de futura tierra, del resto de polvo que no tuvo ocasión de fluír.

Costaba trabajo reconocerlo. La frente estaba partida en dos cascos sanguinolentos por donde se asomaba la masa encefálica como un hongo blanco-azuloso. El cabello caía a ambos lados, adherido a las sienes con un concreto de sangre y tierra arenisca reseándose firmemente. Una esquirla de roca, clavada sobre el pómulo derecho, había sido abombado, convirtiendo toda la mejilla en una enorme equimosis de tonos concéntricos de violeta, en un cardenal horroroso y tumefacto. Y mirando la muerte en la oscuridad, los ojos se habían quedado atrozmente velados, con la córnea ahumada, casi sin transparencia y la pupila rígida pero anhelante igual que garfio de ancla ("El mismo cuarzo manchado de azul! Pero más opaco... Sin lustre, claro está!").

Al otro no lo conocía. Era un muchacho de unos veinte años, con cara de niño. Se quejaba sordamente mientras el médico, tras de inyectarle penicilina, desinfectaba con mercurocromo y algodones un brazo que casi le había despedazado el montón de piedra al desprenderse de lo alto de la "guía" que trabajaban con un machín corto o perforadora Holman. Cerca del codo tenía prendidas ahora unas pinzas hemostáticas, para detener la hemorragia que se había reanudado al limpiarle la capa de arena de la carne machacada.

Llegaron en ese momento las camillas, y el cirujano se acercó a don Ernesto diciéndolo con un hilo de voz:

—Después de cabecearle las venas, voy a improvisarle al muchacho un vendaje con sulfatazol. Pero es casi inútil. Inmediatamente lleguemos a La Salada habrá que amputar. Por fortuna tiene una vitalidad asombrosa. En cuanto al otro, ya...

Nunca sabrá nadie qué sentido espía y sagaz, qué aguda facultad alerta hizo que el herido oyera la frase y se enderezara trabajosamente sobre el brazo sano, castañeteándole los dientes, paralizada la lengua por el pánico.

—No!! No!!—gritó al fin con una violencia que resumía todo el dolor proletario a la vez que todo su odio mascado en silencio. —No voy a dejar... Quieren cortarme mi brazo... Es como condenarme a

pedir limosna... Yo estoy empezando... La vida es muy larga. Mátente más bien, si eso es lo que quieren...

La pieza se estaba llenando de ardienta obrera y compungidas miradas. Era el almacén o depósito de artículos para la mina. Los estantes y rincones estaban llenos de pernos, de tuercas y de clavos; de "cucharas mineras", taladros y manubrios; de repuestos de todo género para las más diversas maquinarias; de rollos de cables y mechas; de toneles de cianuro de sodio y cal viva; de cajones de dinamita y virutas de zinc que formaban rimeros contra los canceles.

Asiéndose a todo aquello el muchacho se iba deslizado hacia la puerta como una bestia acorralado. Nadie quería moverse en apariencia, fuera del médico que trataba de detenerlo. Tras un momento de vacilación, don Ernesto se interpuso también en su camino.

—Quédate tranquilo, muchacho, que puedes lastimarte y hacerle daño—le aconsejó inclinándose hacia él paternalmente, con el rostro severo trabajado por la compasión.

Pero nadie pareció entender su actitud, y el mismo acento del herido, tenso de menosprecio, fue el trasunto de lo que pensaban los otros hombres.

—No se me acerque... No quiero nada... de usted, viejo del demonio... —escupió entrecortadamente, babeantes los ojos de rencoros antiguos—. No va a perder su plata... porque le corten una mano... a Román Gil. Quedan montones de obreros... Nada le tiene que importar... entonces. No me venga con caramelos... A otro perro... Maldita sea...

Volvió a perder sangre. Un vahido. Un nuevo arrastrarse. Unas palabras inaudibles y otra vez una gran voz sollozante e inconclusa antes del desfallecimiento.

—Compañeros!... No vayan a dejar...

Avanzó el doctor Bravo ordenando a los de la camilla que colocaran en ella al herido. Algunos mineros trataron de impedirlo, sin pensar en nada concreto, cumpliendo simplemente aquel último llamado.

—Cómo?—La voz modosa adquirió irritación, volvióse a los hombres manoteante (El mal humor se transmite en un grupo humano de alma en alma, como el miedo. Se infiltra venenoso por las miradas, brinca de ceño a ceño y va repletando un corazón tras otro hasta romper las más sólidas represas) —Qué es lo que dicen? Están locos o están soñando si creen que pienso dejar morir a un hombre por darles gusto a ustedes. Haga lo que haga más tarde este muchacho con la mano que le queda, tengo qué salvarlo. Que me mate después si quiere. Pero voy a cumplir ahora con mi deber y ninguno de ustedes es capaz de impedírmelo.

Dióles despreciativamente la espalda, se arrodilló en el suelo, cerró la vena que había empezado a romperse de nuevo con el esfuerzo y vendó la masa rojiza y retorcida de músculos.

Había tapado por entonces la cabeza del machinero muerto con un cuadro de tela burda, negro de grasa. Los pasos de los visitantes tenían casi borrado el riachuelo de cornalina que buscó su afluencia, una vez, sobre pura tierra minera. Estaba ahora cortado en islas, en meandros, en esteros.

Don Ernesto observaba aquellos dibujos en silencio, con los hombros caídos y el rostro en sombras. Se decía: "Cuánto tiempo es necesario soportar este absurdo suplicio, esta tirantez? Es peor para los

amos. Uno está solo. Ellos, por lo menos, se apoyan mutuamente, no importa que ese apoyo sea como el de las piedras al borde de los precipicios o en plena pendiente..."

Miguel Angel Arias, el hombrón de cabello revuelto bajo el casquete minero, se le acercó tímidamente, adictos y mansos los ojos.

—Siento lo ocurrido, don Ernesto. Créamelo!

—Sí, Miguel Angel. Lo sé muy bien y no habría tenido necesidad de manifestarmelo. Es usted mi único amigo leal. Los otros nunca van a entenderme.

Sonrió el minero con pueril presunción y luego, tornándose serio y mostrando los puños firmes, exclamó como para sí:

—Ojalá no estuviera herido ese tal Romancito para enseñarle cómo se respeta a la gente bien! Mire que decirle a usted ese deslenguado que es enemigo de la clase trabajadora y que le importa un comino que muramos los obreros como meros gusanos! Y tratarlo a usted como lo trató. Pero vamos a ver que alguno sano repita lo mismo para tener el gusto de romperle las narices y hacerle tragar la lengua de víbora.

—Calma, hombre, calma! —le suplicó don Ernesto aplacando la voz del otro con dos o tres golpecitos simultáneos en el aire con las manos abiertas hacia el suelo. —Con provocaciones y valentonas nunca se remedian las cosas. Antes se empeoran más. Voy a exigir yo que esos hombres cancelen conmigo, en horas, un resquemor que han venido acumulando contra patronos sin conciencia en siglos de sufrimiento? Que lo abandonen sin más ni más?

Se dirigía ahora al médico que, con el encogido minero, era el único que quedaba en el recinto. A Román Gil se lo habían llevado los camilleros. El muerto yacía solo en su rincón esperando la visita de los familiares y las diligencias legales de la autoridad. Los otros obreros rumiaban afuera amargas hierbas de maledicencia y proseguían poco a poco sus faenas.

—Yo no me atrevería a solicitar tanto! —Continuaba, ganando timbre, la voz ya sin freno—. Porque una vida de sacrificios y de afecto, de servicio y de comprensión a las clases desheredadas aún a costa de los propios intereses, no bastará a borrar las iniquidades que muchos empresarios han venido cometiendo y cometen todavía contra ellas en el mundo. Yo pago hoy lo que otros han hecho. Eso es todo.

Hizo una pausa para resumir su pensamiento y darle más claros contornos, esquivando mirar el cadáver.

— Y cómo negar, doctor, que el trabajo minero es el trabajo más duro y amargo que se conoce? Allí está toda esa sangre comprobándolo. Y esos hombres sin brazos. Y esos muertos... (halló demasiado trivial eso de "con ojos de cuarzo jaspeado de azul" que se le vino a la mente para redondear lo que decía). Es una verdadera fatalidad. Pero también hay que decir que ellos la buscan y corren tras ella, a pesar de todo. Miguel Angel lo sabe muy bien. Porque supongamos que yo los despidiera de aquí ahora mismo y cerrara la empresa. No irían a establecerse en el campo. Téngalo por seguro. Pedirían enganche en la Frontino, en San Nicolás, en cualquier parte donde encontraran socavones. Cuando más, aceptarían resignados trabajo en Pato, en la Nchí, en Cuturú, en algún aluvión. Pero porque saben que allí también se ve oro, y con tal de verlo...

En ese momento pareció que escuchara una socarrona voz in-

terior, algún consejo reticente o conminatorio, porque mochó el tallo de la frase y accionó como en defensa:

—Además, yo no podría abandonar mis trabajos. Si ellos tienen su vida yo tengo la mía, con obligaciones tan perentorias como las suyas, o más si se quiere. Lo único que puedo hacer, entonces, es ser justo y deferente con ellos como hasta ahora lo he sido. Nada me importa que no puedan o no quieran reconocerlo y sigan alimentando su odio.

El médico trataba de decir algo y buscaba las palabras. Pero de pronto se estremeció la tierra una, dos, muchas veces, con las descargas de dinamita. Sonaban los golpes de gong más fúnebres que de costumbre. El viento de la tarde había recorrido una punta de la tela que ocultaba la faz cadavérica, y un ojo vítreo, cenizo, inmensamente siniestro, congregó la mirada de los tres hombres. Parecía imponerles silencio, de más allá de la tierra, con un guiño duro.

Sobre el suelo, cada vez más intrincada, más borrosamente, la sangre aventurera e iracunda, iba quedando plasmada en islotes, en regatos, en esteros.

A LA SOMBRA DE LA AVENTURA

Para Miguel Angel Arias la oscuridad no guardaba secretos. Su alma sin brillo y su corazón un poco escarpado, envolvíanse en la tiniebla como en una manta de dulce calor, de simple y quieta ternura. Esta, en cambio, no le exigía a él más que silencio y reposo, cosas que complacíanlo de antemano.

Porque es necesario que se sepa desde ahora que Miguel Angel Arias había llegado a gustar de los tajos entre rocas y los caminos labrados bajo tierra no ya como aventura y movimiento, ni como codicia empecinada y solícito reclamo a la fortuna, sino en aquella calidad de solaz callado y de mudo paso de las horas.

Los mineros andaban diciendo que aquéllo tenía mucho de manía insana y de extravío de la razón:

—Parece que se estuviera despistando el capataz.

—Evocar espíritus será lo que hace apenas tiene un momento libre, por allá en esos "cortes" abandonados a los que no entra ni un murciélago con jornales dobles.

Y no faltaba quién sostuviera con envenenada sonrisa:

—Qué va, amigos! Esos son nada más que resabios de antiguo "machuquero". No sabían ustedes que él fue de los de cuadrilla hace años? Pues eso me contaron unos mineros de "Tres y media", viejos de trabajar con la Frontino.

Y de todos los cavilosos, era este último quien se aproximaba más a la verdad, aunque los otros oyeran la versión con signos de incredulidad manifiesta.

Porque efectivamente el encargado de "Matanzas" había sido una vez machuquero. Y el hombre que se mantuvo largo tiempo fuera de la ley, raspando sigilosamente los socavones, reteniendo horas y horas la respiración, para no ser descubierto con su botín de minerales al hombro, posiblemente hubiera firmado desde entonces ese pacto de quietud con las encrucijadas.

Es cierto que ahora tenía menos tensión la soledad. Que los

nervios no se sobresaltaban y encabritaban al más leve rumor en la ciega hondura. Que el tabaco endulzaba el silencio. Pero transformado y todo, el paciente júbilo de hoy parecía arrancar en línea recta de la angustia pretérita, y dijérase que el viejo machuquero resucitaba, domesticado e inofensivo, frente a la espesa sombra.

En todo caso, él vivía así, disfrutando de su íntimo goce sin saber de dónde procedía ni por qué destilaba para él mieles tan acendradas y firmes.

Luego de visitar los trabajos en cada uno de los niveles y de enterarse detalladamente de la forma en que avanzaban éstos, tras de cumplir estrictamente los deberes de encargado de la mina organizándolo todo con eficacia y habilidad sorprendentes, íbase solo, con su lámpara de carburo como única compañía, por los "tambores" en suspensión, por los "apiques" que se cansaron de descender tras el filón prometido, hasta aquellos "frentes" o "cortes" en abandono.

Placéale, sobre todo, sentarse sobre los rieles, ahora sin transitar, de una "guía" que formaba una T de palotes descabalados con la "clavada" surgida de enfrente. Daba este pozo subterráneo, este hondo lago vertical, la impresión de un ancho cigarro de aguas negras pegado a los labios del abismo. Viendo la blanda superficie desde su borde, Miguel Angel Arias quedaba como hipnotizado. Apagaba, entonces, la lámpara y se sumía verdaderamente en la noche de las rocas. La chispa de su tabaco convertíase en quieta abeja de oro y los contornos del cuerpo fundíase contra el respaldo de peñas nocturnas.

Ni un solo detalle concreto, ni siquiera la insinuación de una línea o la sugestión de un volumen llegaba a los ojos, duros ya como el pedernal. Sin embargo él adivinaba cada botón pétreo, cada saliente y cada recodo del techo de bóveda, cada guiño caído en el sendero de rieles mohosos, cada ondulación rígida de las paredes o "talabardones", pardos o plomizos a la luz del carburo y ahora perfectamente invisibles.

Los pies, colgando sobre el agua de la "clavada", hundidos en su frialdad de hielo, se iban entumeciendo. Pero esa agua sin peces, esa agua oculta y muerta, le producía en el cerebro un suave calor. Su mente, que reconocía burda, brillaba entonces como una luciérnaga persistente, y era ya, con el tabaco, otra chispa más perforando la oscuridad. Sus viejos huesos se calentaban y la sangre echaba a saltar más ágilmente por las venas, remozada, entonando antiguas canciones épicas de machuqueros, pero sin terrores reflejos en su oleaje, sin fogonazos atados más allá en el ojo ciego de las Winchesters. Todo era, como entonces, igualmente oscuro, y sin embargo podía asegurarse que venía variando en el contenido de los bloques adyacentes, en el zumo que soltaban éstos sobre el gigante reposado en lo geológico, en la propia caverna primitiva.

El escaso pensamiento desenvolvía sus ovillos con cautela y retornaba sin cansarse al pasado. Qué más había de meditar el hombre frente al agua? Volvía y volvía sobre las mismas reminiscencias, dándoles aquí un toque mágico ya casi perdido, sumándoles o restándoles detalles a voluntad, abarcando allá más amplias zonas que las habituales. Como las ondas que producen los guijarros en los estanques, así fluía el recuerdo sepultado en la sombra. Crestas concéntricas, intersecciones complicadas, quietudes transversales y flotantes.

En las galerías caían gotas, chorreras, filtraciones que las man-

tenían anegadas y que empapaban de vaso a los hombres. Pero aquí, en el pozo, no escatimaban su exigua música de cristales y tamboriles. Una vez, casi veinte años atrás, la había oído toda una noche en la mina "El Silencio" de la Frontino Gold Mines, repiqueteando en unos charcos del suelo.

No le agradó el són esa noche, por cierto.

Dos compañeros suyos de "machuca" estaban más allá, en el fondo de un "corte" de rumbo sur, llenando los costales de la parte más rica y pulposa en oro del mineral que los "ripieros" de la compañía habían dejado en montones, listo para echar a los coches al día siguiente, pues no se había organizado trabajo nocturno en ese punto, esperando sin duda el resultado que diera el filón. Con ojos de lince, los tres hombres habían notado al primer vistazo su riqueza.

—De manera que no fue exageración la del cliente ese que te dio el informe, hombre Mocho. Con tal que no haya ido también con el soplo a los sobrestantes de la compañía o a los polizontes de Segovia, y caigamos aquí en la trampa— había dicho un tal Raimundo Henao.

—Eso sí que no! El tipo no tiene riesgos de hacernos traición, porque él sabe que no es charlando la cosa. Yo se lo canté muy clarito y los otros también se lo advirtieron. El mismo Crisanto le avisó ya que si nos ocurría algo a nosotros no le quedaba hueso en su puesto.

Hablaban en sibilante susurro, abriendo los talegos de lona a la lumbre de una sola lámpara, acurrucados frente a su tesoro.

—Bueno— había insistido el primero.—De todas maneras vamos a planear bien el golpe, no sea que nos agarren con las manos en la masa. Es mejor prevenir que curar. Vos, Miguelucho, que tenés mejor vista, te vas derecho por la guía hasta que se vea un foco que hay en el cruce con el apique principal, y donde debe haber un celador vigilando el costado norte de este mismo nivel que tiene trabajo de "doble". Es muy plano todo, pero siempre es bueno que llevés un rato la lámpara prendida porque, fuera de la lumbrera por donde nos colamos, hay dos "cruzadas" a la izquierda y un "tambor" que viene del nivel de abajo al lado derecho por donde si se rueda uno desprevenido no lo recogen ni con papel secante. No hay peligro de que llegue gente de ninguno de los cuatro. El tambor y la lumbrera, por ejemplo, que serían los únicos puntos de donde podrían echarnos travesía, están muy seguros. Crisanto es capaz de migarles bala todo un día si intentan cerrarnos la lumbrera. En el tambor había una escalera de cables que se rompió antier, precisamente. Ellos no son capaces de subir a pie limpio por esa casi nada de pared. Todo esto lo digo para que estés tranquilo en tu puesto, Miguelucho, porque como vos no fuiste a la reunión, estabas a oscuras de lo que convinimos con Crisanto.

Miguel Angel Arias, Miguelucho, maduro entonces, fornido como un roble, había asentido con un enérgico movimiento de cabeza.

—Pues sí. El Mocho y yo recogemos el mineral. Hay que llenar los tres costales hasta el bozo y escogerlo bien, de modo que no se saque basura perdiendo todo el trabajo. A las tres o cuatro de la mañana estarán llenos. Vos, Miguelucho, te sentás allá donde te dije, dominando con la vista el apique principal, sin ir a que el sueño... Para qué decir nada de eso? Ya sabemos lo que le pasó al compadre Aniceto! Bueno. Si de pronto bajan los vigilantes en la "marrana" y echan para acá, te venís a la carrera, disparándoles antes unos dos o tres tiros a quemarropa y ojalá buscando el mango, para que no se atrevan a avan-

zar así sin más ni más y nos den tiempo de volarnos por la lumbreira.

Se levantó e iba a partir, cuando Raimundo le dió con el dorso de la mano un golpe recio pero afectuoso en el hombro.

—Eso del mango fue charla, Miguelucho. Con hacerles bulla tenemos y, no viéndose uno acosado, es mejor no tener un hombre a las costillas. No cierto, Mocho?

Esas eran las despedidas. Luego, efectivamente, se había acomodado él a unos quince metros del cruce del nivel con el apique que venía del exterior. Veía brillar el rosetón difuso de la bombilla eléctrica sobre el ónice de las profundidades. Tenía el mismo halo lívido de las luces entre la niebla y diríase un ojo inmenso de gato que atisbara el paso de fantasmas o el juego de duendes y trasgos al escondite por las galerías.

A largos intervalos pasaba el "malacate", deslizado sobre rieles y sostenido en gruesos cables, por la pendiente pronunciadísima del apique principal, ya bajando como un bólido con ruido infernal de cadenas y de hierros desprendidos, ya subiendo por el oblicuo rodadero trabajosa, jadeantemente. Dos veces se había detenido en el crucero, contra la amarilla rodaja luminosa, y Miguel Angel Arias había forzado la vista y todos los sentidos hasta ponerse rígido. Pero la roca del lado opuesto se tragó unas lámparas o devolvió otras en escupitazos áureos, y la pesada vagoneta tornó a machacar la calma de los abismos.

De los niveles inferiores llegaba un zumbido monótono. Tal vez el de las turbinas o las bombas de aire que mediante complicadas tuberías alzaban el agua de los socavones y la arrojaban al exterior. Ah! Pero aún más monótona era aquella gotera cayendo en los baches oscuros. Miguel Angel Arias sentía llenos los tímpanos de ese tintineo invisible, obcecado, capaz de enloquecer a un hombre de poca serenidad. Movíase justamente como una alimaña de vidrio. Aquí, allá, a la derecha, más adelante, dos de consuno, sartales en bloque. Y los compañeros no concluían allá en el fondo. Y todo el cerrado ambiente se brotaba de ese sarpullido de notas movedizas. Y él transpiraba en abundancia sorbiendo aires viciados. Y un dolor continuo le atenazaba las sienas. Y el tiempo pasaba arrastrándose por los túneles con una lentitud exasperante como una larga y negra babosa. Raimundo Henao siempre lo trataba a él como a un niño. Miguelucho! Cualquiera diría al oírlo que le llevaba muchos años de delantera. Y no era así. Qué iba a serlo! De treinta y tantos a cuarenta y pico no había más que unos pocos pasos. Iba a contar quince gotas, a ver. Una, dos, tres... No. Quince gotas no eran absolutamente nada. Así debían de ser los años. Meros golpes sobre un tambor más amplio que aquel de los charcos temblorosos del subsuelo.

Aquel ruido en vez de adormecerlo iba exacerbándolo. Hubiera querido aplastar con el pie cada agua detenida del socavón; hacerla saltar en pedazos de espejos ciegos; hacer cesar, en todo caso, esa musiquilla irritante.

De pronto, el barco fantasma bajó otra vez dando tumbos, detúvose en el crucero perpendicular de los socavones y unas lámparas enfiláronse hacia él. Toda la loca melodía del gotear danzarín revolvióse en el cerebro y confluó en tumulto a las manos. Del cinturón repleto de balas salió el revólver empujado por unos dedos en donde se concentraba todo el instinto del hombre. Disparó una vez hacia las siluetas, y las luces retrocedieron, se dispersaron como azogue adhiriéndose

luego a los respaldos. Un segundo disparo, y las lumbres se hicieron más sigilosas, cuando no fueron cercenadas de un soplo. Rápidamente el machuquero emprendió escape, avanzando a tientas, moviéndose a tropicónes y sobijones contra la salbanda descarnada de los lados, temiendo a cada momento dar de manos a boca con el terrible sumidero del tambor. Cuando se creyó ya suficientemente alejado de sus probables perseguidores, a salvo de las miradas de éstos, encendió la lámpara sin vacilar un segundo y continuó la marcha desalada hacia donde se hallaban sus compañeros.

—Me parece que caímos en la ratonera— les dijo, al llegar, limpiándose el sudor de la frente con la manga de la camisa.

Los otros se quedaron un momento estupefactos.

—Pues a obrar rápido si queremos salvar el pellejo— decidió el Mocho con aplomo, echándose al hombro el saco casi lleno de mineral y desenfundando un Colt Tres-caballos con destreza pasmosa de guerrillero. Por que ha de saberse que de mocho no tenía más que el apodo que procedía, al contrario, de su habilidad para hacer mancos a granel, tomando como blanco predilecto el brazo armado de sus adversarios.

—A la tronera, pues.

Y en unos zancazos estuvieron al pie del tragaluz que se abría a una sinclinal de la superficie, a cosa de siete metros por encima del nivel donde se hallaban los hombres. Iban trepando igual que arañas por el abrupto y negro desfiladero, cuando Raimundo Henao que era el que encabezaba la patrulla, rugió en voz baja:

—Amigos! Nos llevó el diablo! Eso está cruzado de rieles como reja de presidio. Apaguen esas malditas lámparas que nos queman bala de arriba a dos manos y sin cabeza.

—Valiente informe el que te dieron, Mocho de los infiernos— alcanzó a farfullar Miguel Angel.—Ahora quedamos aquí como mosco en telaraña. Ni para atrás ni para adelante en este maldito rodadero y con estos costales que no hacen ahora más que servir de estorbo.

Rezongó el Mocho no se sabe qué retahila de juramentos y Raimundo tuvo que advertir avinagrado:

—Sin ir a agarrarse ahora! Por bien parados que estamos para que se pongan ustedes con vainas. No faltaba más. Vayan retrocediendo con cuidado que tenemos que repuntar al tambor cueste lo que cueste y volvernó allá micos, si es preciso, hasta ver qué resulta.

—Y no estarán aquí al pie los que salían del apique?—dijo Miguel Angel.

—Hum! Esos se quedan una semana por lo menos consiguiendo lámparas de chorro a pesar de que las tengan en los bolsillos, y cediéndose con venias el turno para tomar la delantera. Páse usted! No, bien pueda! —imitábalos con voz aflautada—. Y muy bien hecho. Porque no es muy bueno que se diga ponerse de frente a un enemigo que no se ve por ninguna parte y que puede reventarles en la mano.

—Muy bien, por esa parte. Pero lo que no me explico yo es qué nos ganamos con meternos en ese casi nada de agujero. Francamente que no me gusta lo más mínimo. Esto es que salgamos de la tal peñolera con vida.

—Mirá, hombre Mocho! Si querés pasar un tiempcito en la cárcel y que se te pudran allá los huesos, no tenés más que seguir hasta arriba. Pero antes puede que te den unos cuantos balazos cuando

aparezca la cabezota, pensando que te vas a fugar. Con mayor razón si Miguelucho le hizo tragar plomo a unos de los que venían, lo que es muy posible al oscuro. En el tambor nos reforzaremos hasta ver qué hace Crisanto. Ese es mucho gallo. Puede que se compre a algún vigilante o que nos haga entrar comida con cualquier minero mientras encontramos escapatoria.

Callaron los otros y empezaron el retroceso. Pero de pronto un silbido familiar, acompañado por ruido de hierro trabajado con cizallas o alicates, con palanzas o tenazas, hirió de arriba el oído avezado de los tres prisioneros. Hubieran tirado sus gorras al aire o hecho cabriolas insensatas para celebrar ese silbo cimero y dulzón, diáfano y punzante que descendía como pájaro estilizado de las alturas.

—Es Crisanto! —Habían gritado en una sola voz liberada—. Arriba, pues!

Colgados cómodamente de lazos terminaron la ascensión que se hizo más rápida de ese modo. Y las caras amigas sonreían. Y el cielo estaba estrellado como nunca, luciendo aquel acerado centelleo de millones de luceros aún adormilados que siguen a las lluvias de medianoche y que da la impresión de que el mundo empezase a nacer.

—Qué tal si no se le ocurre silbar a Crisanto! Ya íbamos a echar otra vez para abajo al ver ésto con barrotos— comentó Miguel Angel.

—No. Habría sido casi lo mismo, porque yo siempre pensaba darme una vuelta por allá adentro si se retardaban— explicó el aludido que era el jefe del grupo.—De todos modos salió mejor así, porque no demora en llegar refuerzo para estos amigos.

Y señaló con el pulgar doblado sobre el hombro hacia dos enfurruñados gendarmes que miraban inermes le escena, en cunclillas a unas varas atrás, custodiados por un hombre de escopeta en mano.

—Cómo se dejaron pescar?

—Muy sencillo —contó Crisanto bajando la voz de timbre metálico—. Hoy había también trabajo en "Marmajito" para nosotros. Yo dejé a Domingo vigilando la lumbrera y fui a ver cómo marchaban los de allá. Llegaron un montón de vigilantes de la Frontino y de policías, y enrejaron ésto de tal manera que no pasaba un zancudo ni untao de sebo. Domingo voló a avisarme, me traje la gente y encontramos a estos dos charlando y contándose cuentos verdes, según eran las carcajadas, confiados en que el trabajo les había quedado muy bien hecho. Lo demás fue persignarse y empezar de una vez las letanías. Bueno. A despintarnos de aquí antes de que vuelva la ronda. Déjenme los costales y a dormir se dijo. Y al mediodía hay que estar en el Pocuné.

Volaron las órdenes y despedidas como anticipadas saetas del alba.

—Y ahora qué se hace con estos jovencitos?

—Déjelos ahí.

—Que duerma, Crisanto!

—Y usted, Miguel Angel! Hasta después.

Y a campo traviesa, por distintos rumbos se dispersaron los aventureros.



Pero en aquel exiguo rincón de la noche, a él, al machuquero

Miguel Angel Arias lo esperaba entonces la dulce y cotidiana compañera. Ana María llamábase ella, y al recordarla ahora los brazos le cantaban un apretado y solitario ritornelo. Y tanto más avaro era él de aquella ardiente canción, cuanto más se iba esfumando la imagen a la distancia y cuanto más arduo le resultaba retenerla atada a la memoria.

El recordaba la amorosa quietud de la espera, los besos cautos y furtivos como mariposas tanteando por las paredes una luz lejana. Y nada más por cierto. Todo lo iba borrando la ausencia. Ya no sabía qué tinte tuvo la piel, qué rasgos ciertos ostentó el rostro. La confundía con la pequeña, con la hija de ambos que estaba haciéndose ya toda una mujer y que era igualmente dulce que la otra. Hasta el mismo nombre que llevaban! Y el nacimiento de la una coincidía con la muerte de la otra, como si se hubiesen consubstanciado o sucedido simplemente en el tiempo, formándole a él un terrible barullo de edades nuevas y de viejas fechas, de gestos antiguos y gestos recientes, estampados en el móvil recuerdo, uno sobre otro, con mutua transparencia.

En todo caso, aquella lejana noche buscó la sombra con más ahínco, y como si ella adivinase las asechanzas que había salvado y quisiera resarcirlo de la angustia de las primeras horas hizo que el abrazo fuese más acogedor y rendido, que abarcase toda la cintura de la luz niña y se alzase de su marco de eclosiones tenaces y aromadas y de altos clarines madrugadores, hasta el nuevo sol.



Y después era el brillo del oro extraído al mineral, la verdadera labor de "machuca" a la orilla de un riachuelo o una quebrada perdida entre el monte.

En Matuna mejor que en el Pocuné, río civilizado, de continuo transitado por pescadores. En Juan Bran mejor que en Dña. Teresa donde la Frontino proyectaba una nueva planta eléctrica. Y todavía más lejos, en el Ité. Y en la quebrada Carnicería, cerca de Remedios, en cuyas aguas no debe el forastero o "arribeño" bañarse, so pena de quedar "amarrado" a la tierra, preso en el embrujo del pueblo. Y en el Aporroado mejor que en Guanará, hilo de agua casi ciudadano. Y en Juan Criollo. Y en Vera. En toda la trabazón de cauces y corrientes de una tierra salvaje, descuajada a manchones y desnuda de cultivos. En centenares de cuadras a la redonda de una región ondulada hasta el infinito, rizada en caños y en otros.

Porque entre los inmensos montes despedazados, en las vegas, a la vez cálidas y húmedas, que esperan a la orilla de los ríos y sepultas entre el follaje otra mano distinta a la del minero para transformarse en arrozales de dulce vaivén estival o en cacaotales de firme sombra, en todo ese territorio que crece hacia abajo como una raíz monstruosa de duros tubérculos sin querer abrirse arriba más que en pulgadas dispersas de pastos, de frutos y de espigas, no quedaba refugio que no hallaran los machuqueros para su laboreo clandestino.

Machacaban arobas y arobas de mineral con los más raros artefactos y los más rústicos métodos. Algunas veces una piedra cóncava hacía de pilón y un mazo de almadana. Otras, era como un "molino de arrastre", de una sola pieza maciza movida con manivela. Pero ésto solamente para ganga muy dura y en lugares bien resguardados y

ocultos, porque no era fácil mover el armatoste. Y para minerales demasiado blandos era suficiente una máquina "Corona", un simple molinillo de maíz de esos de casa.

La batea cortadora y uno que otro gramo de mercurio conseguido de contrabando para la amalgamación, completaban los improvisados equipos.

—Pinta?

—Así, así! No es como sacado de la "mata" ni del puro "cogollo". Pero sus buenos castellanos sí los tiene y el trabajo no se salió perdiendo.

Y se turnaban en la brega. Y una grata brisa inflaba los pulmones. Y una cordialidad tosca pero entrañable reinaba entre los hombres que vivían bajo el signo de idéntico destino, a la sombra de la aventura.

Los "pericos" armaban una endiablada algarabía en las copas de "guásimos" y "chingalés". En lo alto de un "palosanto" un pájaro carpintero —pegado al tronco liso el pecho de vivo color— clavaba el pico acerado en la madera con golpe seco y resonante, haciendo flamear la mínima bandera del copete de múrce.

Sobre el motín de las espumas caía entremezclada la sombra del "zapatillo" y el "laurel", del "cordoncillo" y los "guayacanes". Todo era monte virgen, sortilegio de las formas intactas. Los hombres quedaban solos ante un mundo quieto, aparentemente rígido, pero sintetizado de improvisado en toda su movilidad y su latencia en el bazar pictórico del vuelo de la "guacamaya", en el grito terco del "diostedé", en el asalto rastrero y venenoso de la "mapaná" y de la "patoquilla".

Miguel Angel Arias pensaba entonces si no sería superior esa vida a la del socavón, no obstante la ponzoña de las serpientes. Y entretanto molía su mineral, aplastaba cada grano de calcita que ocultaba la chispa de oro con verdadero empeñamiento, hasta dejarlo como pelusa de arena. Y había que ir de nuevo a los dédalos profundos. Y tiempo, ... tiempo...



Crisanto había caído en una emboscada. Lo sucedió Raimundo Henao en el mando de la cuadrilla, a pesar de que éste había dicho:

—Miguelu... Miguel! Angel Arias es el hombre para que nos organice. El día menos pensado yo me dejo agarrar porque me está fallando la vista, y los meto a todos entre los palos. Además, me faltan serenidad y bríos en los momentos más importantes, y no sé disponer bien las cosas.

Pero como algunos trataran de rebelarse, él mismo se encargó de demostrarles que no era como decía. Se impuso por la violencia, con extraordinaria energía y mente lúcida, tras muchos choques y vicisitudes. Y tomando el mando de esa forma, hubo de retenerlo para no provocar otros conflictos, aunque bien hubiera querido él designarlo en Miguel Angel Arias, el sobrio machuquero.

No tenía éste, como se ha dicho, inteligencia muy viva. Pero era sagaz y astuto como un zorro en el instante del peligro y nadie le ganaba en valor ni le superaba en arrojo. La cicatriz que le cruzaba la cara era su condecoración máxima, el blasón de la bizarría en una tierra de puros hombres.

Había sido una vez en una excursión en grande escala a los filones de "Manzanillo" de la compañía inglesa. Tras cuatro días de cerco muchos habían escapado. Pero los restantes, como vieran cerrado su paso ostinadamente, trataron de abrírselo por sí mismos arrojando a quemarropa tacos de dinamita al grupo enemigo fortificado en la bocamina. Iban ascendiendo muy bien, a ese són marcial, haciendo retroceder afuera a los adversarios. Pero de pronto uno de aquellos extraños proyectiles se tropezó ya para salir al aire libre, en la punta de un madero del "empalancado" y estalló arriba con infernal estruendo. Ellos habían echado a correr hacia abajo, en loca desbandada. Pero como estaban en plena pendiente, se les vino encima una lluvia de cascotes y afilados cascajos y lajas agudas que no lograron esquivar, a pesar de haber llegado todos a una "dema" o especie de barrera en medio del apique. Y aquí es donde la historia de Miguel Angel Arias alcanza alturas de proeza y adquiere timbres de metales guerreros. Con el rostro abierto por aquella insólita granada, desangrándose abundantemente, debilitado por los cuatro días de penuria, de humedad y aires viciados, puso a salvo a sus compañeros mal heridos, transportándolos al hombro, uno por uno.

Nadie podía explicarse más tarde cómo pudo llevar a cabo semejante tarea. Subir cuatro veces el tremendo apique con tan pesados fardos y disponiendo apenas de una mano para apoyo en las rocas; salir y entrar otras tantas ocasiones sin ser visto, escurriéndose como anguila por entre los escombros; no caer rendido por la fatiga en la impenetrable oscuridad. Y sin embargo, todo había tenido que suceder con una rapidez increíble antes de que los sitiadores decidieran acercarse nuevamente a la bocamina.

De resultas de aquella granizada de piedra murió uno de los hombres de la banda. A Miguel Angel Arias le quedó esa cicatriz en el rostro que, al revés de todas las cicatrices, no le daba ningún aspecto siniestro.

Y esa era toda la vida del machuquero: valor desbordado y audacia en la sombra.

Se sucedían las excursiones tras la estela del oro. Afortunadas unas o fallidas otras, eran siempre retos al azar.

Por "Donagan's" y "Tres y media", por "El Tigrito" y "El Silencio", por "Manzanillo" y "La Salada", o sea por todo el "Nemeñeme" antiguo de ochenta o más pertenencias mineras, se sintió el paso del machuquero en la noche sin orillas. Y no sólo por aquéllas sino por todas las restantes minas de la Frontino. Porque "Treinta granos" al igual que "Los Cogotes", "Garibaldi" lo mismo que "Cambabolo", "Stephens" a la vez que los viejos fundos de "San Nicolás" y "Cristales" de posterior adquisición por la compañía, asistieron también a la aventura.

Y a todas ellas y a muchas más, a minas de "cajón" y a minas de "manto", a redes de veta de eufónico nombre, a los demensurados ciempiés auríferos, a la telaraña de las galerías, las va arrojando el árbol de la leyenda.



El recuerdo formaba allí remansos. Se apagaba en cierto modo y parecía querer volverse hacia atrás, rehuyendo los hechos cercanos, apegado a aquellas lejanas luchas. Gustábase imaginarse que allá resi-

día el clamoreo de su sangre verdadera, que allá fincaba su único y legítimo disfrute de los jugos terrestres. Ya lo otro era voluntad de vivir y no vida voluntariosa, callado retorno a la tierra, secuencia del tiempo.

El tabaco se estremecía en la oscuridad, inscribía de pronto un arco de fuego, entregando su último sollozo solar al agua sombría. El hombre diríase entonces un ídolo quieto entre las quietas sombras apretadas. El pensamiento era piedra fundamental, inmóvil, inmutable. Algo como una pequeña muerte sin bríos, con docilidad y tibieza de manta de algodón o de piel femenina tendida frente al oscuro pecho del hombre.

Pero si la memoria se ha resistido, si quiere permanecer a la zaga de sucesos más nuevos, si se niega a abandonar la sombra de la primera aventura, es necesario dejar al hombre absorto frente a las aguas subterráneas que le son caras, y seguir adelante.

Porque una vez...

LA FLECHA DIO EN EL BLANCO

—Pillamos a uno de los machuqueros, don Ernesto. Los otros se nos volaron de las manos.

—Formidable! Cuántos eran, por fin?

—Tres, no más. Pero con el que quedó es suficiente. No ha oído mencionar usted a Miguel Angel Arias? Ni más ni menos que el brazo derecho de Raimundo Henao, y de éste se rumora que es el cabecilla principal de Segovia.

Caminaba don Ernesto Benavides a pasos muy largos. El otro, un vigilante de camisa y pantalón de dril café, trataba de sostener los suyos al mismo compás. Pero tenía que mezclarlos con cortas y frenadas carreras para no retrasarse.

—Dicen que es lo más raro en sus cosas. Es capaz de brincarse a cien cristianos si se le atraviesan y en cambio le hace comida a una "pelaíta" que tiene de unos ocho años lo que hace que se murió la mujer. Y no se le ha podido comprobar nada de las fechorías, que es lo malo.

—Sí? Muy interesante! Y donde vive?

—Yo no sé. El se mantiene cambiando. No recuerdo ahora si es en "Sangrabortija" o talvez en el "Alto de Cogotes" donde me dijeron que lo veían con mucha frecuencia.

—Lo llevaron ya a Segovia?

—No, señor. Quiere verlo? Lo tenemos muy bien custodiado en la puerta de su despacho, esperando a que usted saliera de la casa. Me vine a llamarlo precisamente por eso, y resultó que nos encontramos en el camino.

—Cómo me dijo que se llamaba él?

—Miguel Angel Arias, señor.

Se vio la complacencia conque el dueño de "Matanzas" apuraba aún más el paso —al hombre a su zaga no le alcanzaban ya los pies, no le bastaban las piernas cortas por devorar la huella del otro ni aún a trancos voraces— por el sendero desigual que serpeaba a espaldas de las oficinas, el mismo por donde ocho años más tarde desembocarían

dos bestias conducidas del cabestro en un trágico mediodía de cedros sin hojas y sangre minera con fuerza de carruseles hacia lo hondo.

Don Ernesto se imaginaba entonces al machuquero como un ser un poco fabuloso, mezcla de ficción y deslumbrante realidad.

No hacía mucho tiempo que había llegado a manejar una empresa ca'da a sus manos de la manera más curiosa e inusitada, talvez arbitraria. Un antiguo amigo de juventud, de regreso a la ciudad después de larga ausencia, enteróse de las aficiones mineras hasta entonces inofensivas de don Ernesto y le habló de unos nuevos filones muy prometedores y halagüeños que había descubierto en aquella distante región de Segovia sembrada de tesoros legendarios. Claro está que a don Ernesto se le fue endulzando el oído con aquellos relatos en los que la palabra oro formaba por sí sola torbellinos y llamaradas, relumbros y vahos insinuantes. Y cuando menos lo esperaba se vio embarcado de lleno, con todos sus haberes y recursos, en la explotación y sondeo de aquellas vetas incógnitas.

El amigo iba y venía sin sosiego, solicitándole dinero una y otra vez, en forma insaciable y haciendo en cambio cada día más vagas las noticias del lejano tesoro. Hasta que un día fue a avisarle a don Ernesto que no volvía más. Se le habían apagado de súbito todos los entusiasmos, talvez porque las "aguja" augurales no respondieran en un principio a las esperanzas en ellas fundadas o por una decepción de otra índole, sin importarle un ardite el que su socio quedara metido en el atolladero, con toda su fortuna invertida en unas rudimentarias instalaciones mineras, bien apartadas para colmo.

En tales condiciones no tuvo otro remedio don Ernesto que marchar a ponerse al frente de la incipiente mina ya titulada a su nombre, convirtiendo las manías de aficionado en elán vital, en obligada lucha de supervivencia.

Mas no había acabado de acostumbrarse a su nueva vida ni de adaptarse a las costumbres de la tierra extraña, cuando se realizó el prodigio. El oro surgió en "Matanzas" como a golpes mágicos. Y era un oro de buena ley, un oro de los más puros quilates el que manaba a todo lo hondo del rectángulo de 1.800 metros de largo por 240 de ancho que formaban las tres "pertenencias" denunciadas para ambos por el amigote y que tras la deserción espontánea de éste, había pasado por completo a poder del improvisado minero. Mientras más se horadaba, más iba cuajando el arisco metal en la roca encajante, asociado con las piritas o "jaguas", con las blondas y galenas, apresado por cuarzos y fel-despatos. Creció la empresa y se hizo rico su propietario con vertiginosa rapidez. Una compañía yanki le propuso a don Ernesto compra de "Matanzas". Los dólares que ofrecía formaban una cantidad realmente exorbitante, una cifra ya un tanto fabulosa. Sin embargo, él se negó de plano, confiado ciegamente en su buena estrella que había empezado a brillar con intensidad sostenida de cometa. Y no tuvo de qué arrepentirse! La misma compañía se consoló luego con la entrega e instalación de unos montajes modernísimos, a cambio del veinte por ciento del producido neto de la misma en veinte años, al cabo de los cuales "Matanzas" quedaría dueña de las maquinarias y libre del gravamen.

Y así fue como don Ernesto Benavides llegó a Segovia y como la mohina fortuna le brindó liberadamente sus dones.

Pues bien. El oía mencionar por aquel entonces a los machu-

queros con cierta curiosidad muy explicable. Signos fieros y duros, líneas torvas y vehementes cruzaban el diseño de esas vidas nómadas de lo hondo. El bandolero no iba ya cortando el aire de los caminos, la cabeza con voluntad de asta, el paso vivo, la mirada abierta saltando cumbres. Este era el guerrillero en mimetismo con las sombras, sumido entre sus gaseosos betunes e infructuosos carbones. Imaginábase los con cierta quietud de piedra, enjutos como espadas, con los carbunclos de los ojos consumiéndose entre las órbitas refregadas de tiniebla circular chupada a las galerías.

Todo contribuía a forjar el mito y a acrecerlo. Las noticias de sus incursiones, aún a los mismos predios de don Ernesto, venían transformadas a poco en saga sugestiva, y a los detalles más simples de su vida cotidiana los doraba un matiz hechicero y brujo.

Miguel Angel Arias estaba dando vuelta a su cigarro con los labios casi tapados por el bigote abundante, mirando con cierto azoro a su alrededor, sentado sobre el talón izquierdo y con la otra pierna extendida hacia adelante. La sorpresa casi paralizó al dueño de "Matanzas". El machuquero carecía totalmente del aspecto con que lo plasmará su fantasía. Más bien le dio lástima de esos ojos tímidos, un poco huidizos; de esa cabezota hosca de oso de feria. Hubiera querido verlo retador, desafiante como fiera en su jaula, lleno de tensión el cuerpo para el asalto que se adivina bajo la piel elástica que recubre músculos poderosos. Pero nada. A la camisa le faltaban botones; el pañuelo al cuello tenía las puntas raídas; los pantalones a media pantorrilla aparecían deshilachados por varios puntos, y todo él andaba tan lleno de mugre y de lodo que a don Ernesto le pareció estar frente a uno de esos campesinos extraviados en el delito como niños en un gran bosque, esperando la mañana insegura.

El machuquero, por su parte, aceptaba con fatalismo el giro de los acontecimientos. Nunca había descartado la posibilidad de caer, un día u otro, en manos de sus enemigos. Y ahora que la lucha sin cuartel estaba resuelta, una especie de conformidad, de renunciación, de laxitud frenábale los ánimos que, por cierto, no habían sido nunca muy caudalosos.

—Qué va a hacer conmigo, pues?—Preguntó con su voz sin aristas.

—Qué voy a hacer? Pues será... Déjenme un momento con Arias —dijo enérgicamente a los otros—. Tengo que hablar con él.

Los subalternos miráronse extrañados y obedecieron al fin con desgano la mirada imperiosa.

—Yo podría... Mejor, yo puedo hacer lo que me plazca. Enviarlo a la cárcel y... hasta dejarlo escapar. Pero vamos a ver: qué va a hacer usted con su pequeña hija?

—Pues... No... No sé. Es que... Y a usted qué le importa? Me va a echar sermones?—Rezongó con un resto de violencia, no muy convincente, de impetuosidad en el tono. Estaba desconcertado en realidad. En cambio el otro iba ganando en aplomo y firmeza después de que la flecha perdida había dado en su blanco.

—Absolutamente nada. Esa es cuestión suya. Pero como usted se mete a lo mío sin autorización, lo mismo creo yo tener derecho a meterme en lo suyo. Y en paz.

Extrajo una pitillera de estrías de oro y encendió un cigarri-

llo con largo deleite. Dejaba reinar el silencio, cercando al otro con la mirada aquilina. Apenas se daba cuenta de que una fuerza extraña lo impulsaba a dominar al hombre agazapado, a someterlo como potro cerril a su voluntad de hierro.

Mas, en el fondo, eran otras las fuerzas que se cristalizaban de ambos lados. Bajo las caparazones simuladas ardía esa chispa de la simpatía que no se sabe luego cómo pudo generarse y en qué arcos voltaicos del ignoto corazón del hombre saltó por primera vez.

No se podían odiar ni acometerse. Estaban ya unidos por hilos secretos de cordialidad, semejantes a los que va tendiendo entre dos presos del mismo calabozo el gusano de seda de la espera o, más bien, de las solidarias impaciencias, de las comunes soledades, de las percepciones uniformes, tan terriblemente uniformes que al cabo sobran dos ojos para seguir la trayectoria del mismo rayo de sol, y dos oídos si una llave rechina en la cerradura y el olfato de uno de ellos si alguna rata se pudre en los rincones. Posiblemente no se dieron cuenta en ese momento, pero ellos eran también dos presos. El socavón era la cárcel de por vida. Las oquedades auríferas ponen a los sentidos a marchar al paso, a un ritmo impersonal o multipersonal como el sueño de un ejército en vísperas de batalla. Los hombres se meten dentro del mismo ángulo indiviso, se aglomeran centenares de ojos para seguir como sabuesos los esguinces del filón, el rumbo de la veta cabeceante. Lo otro, lo propio y sin transferencias, se pensará más tarde. Por lo pronto la vida es ésto, parejo, que todos ven colocado a igual cercanía, las descargas que suenan a una hora inflexible como los grandes candados de la prisión al pasar la ronda y que todos los oídos captan de la misma intensa manera, como algo fatal, impuesto, puntualísimo, cuya rehusación no se logra ni aún apretando los tímpanos con los dedos por que el reloj lo proclamará, y si no el reloj lo gritará la tierra castigada a los pies endebles, o se leerá nítidamente en los gestos de los otros. La congregación anímica y sensorial es la misma del calabozo, excepto en el rumiar de las posibilidades de libertad próxima, de soltura venidera. El olor de la rata en putrefacción es aquí, para muchos, aroma de pólvora de los socavones, polvo astringente y marrullero que zafa cantando el machín de las rocas (bueno; a la larga la silicosis es ya la total liberación), que nunca repele y que en lugar de cansar le sirve de estupefaciente al hombre de la mina.

No pudo prever don Ernesto que había hecho alejar a su gente sólo para tenderle una celada cordial a su adversario. Pero así fue determinado subconscientemente desde el principio, desde aquel mismo momento en que vió cómo la leyenda quedaba desbaratada, hecha trizas al frente suyo con la presencia hurañá de un hombre, acosado por la adversidad como todos los hombres. No era el arrogante contendor que él buscaba y por el contrario parecía estar necesitado de ayuda, lastimosamente desvalido y solo.

El prisionero, por su parte, habíase sentido extrañamente esclavizado a esa voluntad más dura que la suya. Hubiera querido rebelarse, gritar, mofarse de todo, demostrando la entereza de que era dueño el hombre sin ley. Pero él, alma trashumante, era en esos momentos como aquellos perros sin amo que se van tras la primera sombra que los llama con nuevo nombre, aunque les sacudan al mismo tiempo la pelambreira a manotones entre cariñosos y severos. Un solo detalle, el

que el otro le mencionara sin desprecio a su pequeña Ana María, bastaba para que el gigante sintiera cómo su energía era peltre y no roca ante la fuerza ajena.

Don Ernesto no sabía cómo terminar con aquella situación embarazosa. El veía ya lo adicto de los ojos, el ser apegado y cautivado lo mismo que la serpiente al dibujo lírico de la flauta. Le era imposible hacerle traición. Volvió la vista y se encontró con el mineral que había querido hurtar el machuquero. Se inclinó sobre el costal y sacó un puñado de pedruscos.

—Tiene buen ojo, amigo! Podría ser un gran minero, siendo un hombre honrado—. Y sin transición, de una manera brusca, todavía mirándose la mano llena que hacía danzar los recortes de piedra, agregó:—Quiere trabajar conmigo en "Matanzas"?

—Pero, yo...

—Qué me importa? Estamos hablando de hombre a hombre, y yo sé que no me equivoco al depositar en usted mi confianza. Váyase ahora y me avisa mañana temprano lo que resuelva.

Y dándole la espalda y alejándose hacia el grupo que miraba la escena desde lejos, dejó al hombre boquiabierto y solo con su decisión.

—Miguel Angel Arias queda libre, señores. Pueden dejarlo marchar. Simón: lleve usted el mineral que se le decomisó al laboratorio, a su regreso a la mina.

Simón Cifuentes que era entonces el encargado de la mina, se había quedado estupefacto al igual que los otros.

—Perdone, don Ernesto. Tal vez usted no sabe quién es Miguel Angel Arias. Es claro. No hace un año que vino, verdad? Eso sí. Yo, como encargado, tengo la obligación de decirle que es muy peligroso soltarlo, después de que nos dio tanta lidia, porque es el machuquero más liso que hay por estos lados. Hasta la Frontino puede protestar...

—Quién es el que manda aquí? Ya dije que podía irse, y ni una palabra más—tronó el superintendente enarcando las cejas.

Los otros esbozaron un gesto de desaliento y disgusto que más o menos quería decir:

—Que haga pues lo que le dé la gana. Nosotros nada perdemos.

Entretanto, Miguel Angel Arias pensaba que era víctima de un sueño. Era posible que estuviera en libertad? Y la cárcel, pues? Y la venganza de los amos? Era excesivo para su inteligencia aquel cúmulo de hechos. Miró atónito a su alrededor y echó a reír con una risa convulsiva, espasmódica, incontenible. Se tenía el vientre con las manazas. Pero la risa se volvió de pronto cazorra, silenciosa, hasta convertirse en pura mueca. No sería que le iban a tender una emboscada? Quiso acurrucarse de nuevo. Temía oír súbitamente silbo de proyectiles. Qué sería la conferencia que sostenían al extremo del patio? Claro. Dirían luego que estaba por escapárseles y que se vieron en la necesidad de hacerle fuego. Sí. Eso era, sin duda.

Se acercó Simón en ese momento y recogió el talego de mineral, mirándolo a él señado.

—Qué hubo? Se va a ir o no?

—Tienen mucho afán, pues?—Roncó él reticente, estremeciéndose un poco. Se despezó, luego, sin saber qué hacer, y se encaminó

por fin desganadamente hacia la verja donde estaban reunidos los hombres. De verdad sería una celada? Pues entonces iba a frustrarles el propósito. No se dejaría matar fácilmente, resguardándose contra los árboles, acogiéndose a los pliegues del terreno en una huida arriesgada como tantas otras que había realizado hasta entonces.

Pasó casi rozándolos, con la cabeza clavada y la gorra en el puño. A cinco metros más allá, en el camino, se detuvo y volvió la vista, esperando ver armas tendidas hacia él. Sólo advirtió la mano en alto de don Ernesto aleteando al despedirlo. Todavía seguía fingiéndolo, pues? Seguramente esperaba que estuviera unos pasos más lejos para abrir el abanico de plomo. Inició unos pasos furtivos buscando el despoblado y luego fue acelerándolos hasta convertir aquello casi en carrera despavorida. Ya estarían apuntándole diez miras sedientas.

El oído dejaba una estela de temor enredada a las filas de cedros. En cada gruta de matorrales, en cada repliegue de la tierra, tras cada corteza de árbol que tuviera el grueso de un hombre, se agazapaban por una milésima de segundo el pensamiento vigilante y el ojo explorador, mientras la sombra seguía desbocada, corriendo en encoigidos zigzagueos. Si el plomo zumbara, entonces la atención y la silueta ahora dispersas y moviéndose por separado —la una veloz pero en sucesivo trasladarse de quietudes como campanillazos de timbre, la otra veloz pero con inercia no parcelada, en incontenible deslizarse rectilíneo de peonza— se echarían a tierra al mismo tiempo, se reunirían y amontonarían en una de aquellas instantáneas quietudes en que la primera iba haciendo escala vertiginosamente.

Batíale el corazón con tanta fuerza que era como si a cada latido recibiera un puñetazo en el pecho, y la respiración le ardía en la nariz, escaldándose con minúsculas pavesas ígneas, volviéndose un soplete que le tostaba (podía jurarlo, a lo menos) las cerdas del renegrido bigote.

Avanzaba metros y metros y los disparos no sonaban a su espalda. Qué sería? Iba a llegar a una cuchilla tras de la cual estaría ya a salvo. A unos pasos nada más la verde loma de grama que había apresado desde lejos con las pinzas de la pupila, se combaría para el descenso. Y nada, hasta entonces. Sofrenó la marcha y miró hacia atrás cautelosamente. Ni un alma se movía ahora en el patio, y las distantes oficinas amarilleaban quietas al sol. El súbito vuelo de una avispa lo hizo agachar de golpe, hasta casi tocar el suelo, y al descubrirla tuvo que reír de sus aprensiones. Acabó de trepar hasta la chata cima y se detuvo indeciso. De modo que estaba libre, de verdad? Largo rato quedóse la silueta retadora pegada al cielo claro del mediodía.

De regreso a la casa moviase perezosamente. Considerábase defraudado como quien ha recibido una moneda falsa de limosna. Pero el disgusto y la venganza eran con su propia alma que le había hecho traición y que le ardía en el rostro lo mismo que la marca de un latigazo, más aún que aquel resoplo caldeante de la carrera. La imagen de don Ernesto Benavides no se le borraba de la mente, y la voz firme, llena de calor humano, volvía a su oído con reiterada resonancia. "Siendo un hombre honrado..."

El se imaginó siempre que era imposible que alguien fuera fuerte a la vez que bondadoso. Lo uno o lo otro, pero no ambas cosas que se excluían y separaban de una manera ineluctable. Sólo el dueño

de "Matanzas" quebraba aquella regla que escindía a los hombres, tendiéndole una mano noble que él habría querido baldar, por cierto, no fiándose de ella como debía. Su recelo era, pues, el mordisco del perro o la coz del caballo al hombre que busca su bien.

Se fue haciendo tarde con la legua de caminata. Hundido en esas reflexiones llegó a Segovia y dio vuelta por muchas de sus calles buscando a los compañeros. En "Tajo abierto" y después en "Caratal" se tomó dos aguardientes para cobrar ánimos. Iba sin rumbo repasando las calles y callejones de raro nombre, esa bárbara toponimia todavía por esclarecer: "El Bureo", "Fundungo", "El Tripero", "El Borbollón", entre otras. Ya cansado de caminar desembocó por "Porro Liso" a La Salada, asiento de la poderosa compañía inglesa.

Era un inmenso reguero de casas sobre pequeñas colinas, diminutos altazanos y exiguas hondonadas que entrelazaba un dédalo de carreteras y caminos. Diríase la proyección al exterior, sobre mangas y yerbales, de las profundas y rugosas trabazones. La centena o más de techumbres dispersas de color canelo y brillo metálico, aliadas a muros de calicanto enjabelgado o a canceles amarillentos, parecían tiradas al azar, en jura de colorines, sobre un vasto terreno con quietas ondulaciones de mar de esmeralda. No había una vivienda con la misma forma de otra, ni que guardara con las cercanas la más leve simetría. Aquí, había una a modo de chalet. Al final de aquella curva de carretera había otra de amplios corredores y solidez castellana de casa solariega. Más acá la "fonda" que era como la plaza de mercado donde se expendían las "raciones" de los mil quinientos o dos mil hombres de la compañía. Por la derecha el Hospital, el Club del Staff o Estado Mayor con salón de cine, piscina y campo de tennis, los grandes molinos y plantas de "María Dama", las complicadas instalaciones de "El Silencio". Hacia el frente la Casa de Huéspedes, la Capilla Católica, las espaciosas pesebreras y "Bellavista", la residencia del superintendente. Siguiendo otra recta al fondo, las oficinas y el casino de empleados, y más allá, aún, el cementerio de ingleses. Todo ello separado por otras casas pequeñas, liado por carreteras donde las volquetas y camiones levantan de continuo nuberíos de polvo y que parecían cordeles ora flojos, ora tensos, ya en escuadras, ya en medialunas.

Para Miguel Angel Arias aquel espectáculo de poderío era espina renovada, esponja empapada de hieles. Decíase que no era justo que unos poseyeran tanto, mientras otros andaban en la miseria. Y los improprios y los denuestros contra el orden universal pugnaban por brotar de sus labios.

Ese sentimiento se hacía sobremanera intolerable cuando sonaba música fiestera algunas noches en el fondo de los abrigados salones y cuando una puerta iluminada delataba trozos fugaces de danza. Iba entrando una "mistress" sonriente de brazo del esposo extranjero; descendían del automóvil altos empleados y damas vestidas elegantemente; se sentaban en grandes butacas frente a los setos del club ingleses, por un lado, colombianos de importancia, por otro, a tomar whisky y a dilapidar risotadas, y él sentía el corazón olvidado como brasa corrosiva ardiendo entre envidiosos aceites, solo sobre la tierra, consumiéndose contra el soplo de la noche y del tiempo en ocioso, lento chisporroteo. Los ojos le adquirirían entonces un tozudo y rabioso relumbramiento.

siguiendo los esguinces de las parejas entrelazadas en aquella fatiga rítmica.

Pensaba en el socavón húmedo, en la música de las aguas subterráneas, en la percusión dramática de los tacos de dinamita, en la danza agobiada de las sombras mineras, en la muerte traslúcida como porcelana de Ana María Espinal, su mujer, por escape de la sangre le terrible noche del alumbramiento. Y recordaba lo último, especialmente, porque a ella le gustaba bailar con las manos en jarras cuando quería manifestar sus pequeños gozos.

Sin embargo, no sintió esta vez de regreso de "Matanzas" el rencor de otros días, a pesar de que algunos respuntes musicales agujereaban, saltones, el sosiego crepuscular.

Torció hacia "Chupiprésteme", un paraje de Segovia donde vivían tres mujerzuelas y solían encontrarse los hombres de la banda. Decíase que por los senderos de aquella agreste vereda transitaba un blanco fantasma desde las primeras horas nocturnas, pidiendo fuego para encender su tabaco. "Chupe y présteme", "Chupiprésteme", ordenaba a los transeúntes fumadores aterrándolos con su voz hueca y la mirada roja y fulminante, mientras la sábana que cubría sus elongadas extremidades flotaba con vientos de ultratumba.

Era superticioso el machuquero y tiraba su cigarro antes de pasar por ahí. Pero estaba muy temprano y no se cuidó de hacerlo esta vez. Y de improviso, de un matorral espeso de "salvias" y "cargamantas" surgió la voz espectral:

—Chupiprésteme, compañero!

Miguel Angel Arias miró a todos lados con miedo naciente, buscando la forma alba del endriago, y arrojó el pucho a tierra con tal fuerza que un surtidor de chispas le bañó los pies. Mas una risa estentórea denunció al impostor que sacó afuera la cabeza burlona:

—No es para tanto, Miguel Angel. Reponé tu tabaco con este otro— díjole, buscando uno en el carriel, al notar el disgusto con que había recibido la chanza.

—Gracias. No voy a fumar más, Estanislao. Y ojalá no se te ocurra charlar otra vez conmigo como con muchacho chiquito. Quién hay donde la Camila?

—Raimundo acabó de llegar y me recomendó que fuera a conseguir noticias del paradero tuyo. Decían que te habías dejado agarrar en "Matanzas" desde las horas de almuerzo. Pero, por lo visto...

—Por lo visto es calumnia, no? Pues... ni pite de falso tiene el tal rumor. Casi que voy a parar a la "guandoca".

—Qué? Y entonces que es lo que ocurre?

Era como si la curiosidad le levantara con palanca las preguntas desde el borde de los labios, haciéndolas rebotar contra los ojos llenos de asombro y recalcándolas en ellos. Pero el otro caminaba ahora hermético, tratando de llegar cuanto antes a una casucha cuya luz veíase brillar cerca.

—Buen asunto, no? Apuesto cualquier cosa a que les hiciste pistola—seguía el Estanislao firmemente, sin notar el vacío en que caían sus palabras.

En el interior de la casucha de sólo dos cuartos, había siete personas entregadas al holgorio.

—Hola!—saludó Miguel Angel llenando la puerta con su cor-pazo.

—Qué hubo?—respondieron los otros levantándose sorprendidos y estrechándole la mano al recién llegado con calurosa firmeza.

Una “ñapanga” se le abalanzó al cuello, pegándose mimosa al gigante igual que al árbol montaraz anuda la enredadera del trópico su lengua de colores.

—Qué milagro, eh? Hace mucho tiempo que no te asomabas por aquí.

—Ya te he dicho, Camila, que no me gustan zalamerías—dijo él en voz alta, desprendiéndose con afán—. Vengo a tratar un asunto muy serio con Raimundo y no puedo perder mi tiempo.

El aludido tenía un vaso de cerveza en la mano y era el mismo hombre grueso y canoso de siempre, por el que parecían deslizarse los años sin hacer mella. Sólo los ojos estaban como fatigados de tanto mirar mundo, embutidos en lo hondo de sus órbitas y casi tapados por el bosquejo cerdoso de las cejas que iban llenándose lo mismo que el caballo de largas agujas de escarcha.

Miró indagador a Miguel Angel, acuciándolo con un fruncimiento del ceño.

—Mañana empiezo a trabajar en “Matanzas”, hombre Raimundo —dijo con simplicidad—. Vine a darles este aviso para que no me cuenten más en las filas y para que nadie diga después que anduve con recovecos que no me gustan, por más señas.

Esperó sereno que se recuperaran los otros del asombro, para concluir:

—Yo siento mucho tener que dejarlos después de tanto tiempo de ir unidos como hermanos y enfrentándonos a todos los peligros imaginables. Pero cuando una persona es decente con uno, creo que es muy ruin pagarle con distinta moneda. Y ese es el caso mío con don Ernesto Benavides. Ustedes verán qué opinan, pero los tengo que abandonar en este punto.

No fue acritud lo que los compañeros manifestaron, entonces. Los rostros expresaban más bien tristeza, desazón.

—De modo que esta es la despedida? —inquirió Raimundo—. Yo no sería capaz de traicionar de un día para otro una amistad bien larga porque un rico amaneciera de buen genio. Este Miguelucho es que está desvariando—sonrió al fin, volviendo al afable trato antiguo.

—No! Es sin charla —recalcó el machuquero—. Estoy decidido y me voy cueste lo que cueste. Cuando yo dije una cosa...

—Bueno! Lárguese si le da la real gana —exasperóse el jefe, volcando aparatosamente un banco lleno de botellas y copas al enderezarse—. Más vale solo que mal acompañado y nosotros no lo estamos amarrando. Pero eso sí. Acuérdesse que de ahora en adelante no nos conocemos, ni vamos a estar saludándonos a gorra quitada a cada tropezón.

Con una tranquilidad pasmosa Miguel Angel Arias se irguió en toda la puerta y en tono sorprendentemente sosegado para la metálica acometividad de los ojos espadachines, exclamó:

—Eso mismo pensaba yo decirles. Porque eso de servir a dos señores si me parece un poquito duro. Así me gusta! Ustedes por su lado y yo por el mío, sin compromisos de ninguna clase. Les parece

bien? Déme un aguardiente bien acuerpado, Camila, que ya me voy para no seguir estorbándole a Raimundo, porque soy una mala compañía...

—Lo dije y lo sostengo, y ojalá no tengamos que volver a vernos en otras oportunidades, porque no podría responder de lo que sucediera.

—Es posible que vuelva—concluyó él en voz alta.—Y les advierto a todos ustedes, especialmente a Raimundo, que lo que es a “Matanzas” sería mejor que no volvieran ni intentaran nunca meter la mano, pues como voy a ofrecerme de vigilante, podría armarse conmigo una trifulca de mil demonios. Y hasta luego, pues.

Dióles la espalda y se fue alejando a pasos contados, sin volver una vez siquiera los ojos.

El Estanislao y otros dos hombres quisieron salir tras él a buscarle camorra. Pero Raimundo los detuvo imparativo.

—No faltaba más! A jugar limpio se dijo, que hay tiempo de sobra. El vino a avisarnos, lo que no hubiera hecho otro cualquiera. Yo le hablé duro a ver si se arrepiente o si no, lástima de Miguelucho!